

¿ETNICISMO O LUCHA POR EL PODER EN LA REGION DE LOS GRANDES LAGOS?

TSHIMPANGA MATALA KABANGU

Doctor en Ciencias Políticas

Redactor Jefe de la Revista "TIEMPO DE PAZ"

1. DE LAS CRISIS LOCALES

1.1. La crisis sociopolítica en Ruanda

La región de los Grandes Lagos, llamada así por abarcar los lagos Kivu, Tanganika, Victoria... está formada por el este de la República Democrática del Congo (antiguo Zaire), Ruanda, Burundi, incluyendo también el oeste de Tanzania y Uganda. Es una región montañosa en la que se observa una gran confluencia de varios grupos étnicos con un mosaico de culturas y costumbres.

Desde 1994, esta región vive un conflicto que ha desestabilizado a Ruanda, Burundi y la República Democrática del Congo. Limitado anteriormente a enfrentamientos internos, localizados con frecuencia en Ruanda y Burundi, ese conflicto se ha extendido hoy a la República Democrática del Congo y a Uganda.

Sus causas son varias, fundamentalmente problemas políticos, esto es, la lucha por el control del poder, intereses económicos, cuestiones étnicas...; que acaban entremezclándose y agravando una situación cuya solución depende de una verdadera voluntad política de los actores implicados, los cuales deben obrar a favor de los intereses de los pueblos de la región, al tiempo que deberían también reconocer la diversidad cultural, y hacer muestra de una profunda tolerancia en el marco de una sociedad en la que la justicia distributiva debe ser uno de los principios del *modus vivendi*.

En esta región de los Grandes Lagos, dos países (Ruanda y Burundi) han compartido una misma experiencia histórica por dos hechos: primero, una idéntica configuración étnica (85 por 100 de hutus, 14 por 100 de tut-

sis y 1 por 100 de twas tanto en Ruanda como en Burundi), y segundo, un mismo país colonizador: Bélgica que tomó el relevo de Alemania después de la primera Guerra Mundial en el marco del sistema de mandato creado por la Sociedad de Naciones (SDN).

Después de esa guerra, Ruanda y Burundi dejaron de ser colonia alemana pasando a estar bajo el control de la administración belga. Bélgica se inspiró en el modelo de administración colonial británica: la *indirect rule* o administración indirecta consistente en dar órdenes y dejar su ejecución en manos y bajo la responsabilidad de los jefes autóctonos. En el caso de Ruanda y Burundi, si Bélgica tenía el poder efectivo como autoridad tutelar, eran los monarcas tutsis quienes tenían el ejercicio aparente del poder. Los belgas consideraban a los tutsis como intelectualmente superiores a los hutus y les reconocían un gran sentido de organización. Y para atraerse la simpatía de la dinastía tutsi, les concedieron a los tutsis mayores oportunidades (1). Las mejores escuelas, los puestos administrativos más relevantes..., les estaban reservados. El colonizador belga estimó que los tutsis, con la dinastía bajo su mando, eran sus aliados y auxiliares naturales.

La recaudación de impuestos, a veces con métodos duros e inhumanos, los trabajos forzados impuestos por el colonizador a la población autóctona mayoritariamente hutu, a través de órdenes ejecutadas por la autoridad local tutsi, fueron provocando paulatinamente fisuras en una sociedad que anteriormente vivía en equilibrio y armonía.

A partir de esos momentos, los hutus fueron tomando conciencia de su marginación y explotación. En su memoria colectiva actual, las exacciones impuestas a sus padres durante la colonización, no son imputables sólo al colonizador, sino también a los jefes tutsis que actuaron en complicidad con él.

Sumida en rivalidades políticas y lingüísticas entre valones y flamencos, Bélgica vivía este antagonismo étnico que trató de prolongar en sus colonias a través de partidos políticos con base étnica que se fundaron allí, y que estaban apoyados por los propios belgas.

Los años cincuenta se distinguieron en Africa por la emergencia de varios movimientos independentistas. En 1957, los hutus ela-

boraron el "*Manifiesto de Bahutus*" en el que denunciaron el dominio político y económico tutsi, buscando medios para poner fin a ese desequilibrio. El Partido del Movimiento de Emancipación Hutu (PARMEHUTU) fundado en 1959 se reforzó con las ideas de ese Manifiesto. El largo dominio político tutsi se terminó con el referéndum del 28 de enero de 1961 que decidió la abolición de la monarquía (2). El 1 de julio de 1962 Ruanda accedió a su independencia, al tiempo que la llegada de PARMEHUTU al poder, bajo el mando de Grégoire Kayibanda, causó frustraciones en la minoría tutsi (3).

En 1963 estalló la guerra civil que provocó miles de refugiados en los países fronterizos. Varios miembros de la etnia tutsi emigraron hacia Uganda, Burundi y ex Zaire. En 1964 Kayibanda reforzó sus poderes prohibiendo la actividad de los demás partidos políticos. El PARMEHUTU se convertía en el único partido. La desconfianza en las autoridades políticas, la inseguridad ciudadana y la incertidumbre frente al futuro caracterizaban el ambiente social marcado por tensiones cada vez más crecientes.

Ante la amenaza de un nuevo estallido de guerra civil, el 5 de julio de 1973, el país fue testigo de un golpe de Estado perpetrado por el coronel Juvenal Habyarimana, quien disolvió el PARMEHUTU creando otro partido único: el Movimiento Revolucionario Nacional para el Desarrollo (MRND). Ese cambio de orientación política no supuso una solución al antagonismo entre hutus y tutsis.

La llegada en 1986 de Yoweri Museveni al poder en Uganda propició la creación en 1987 en este país de una oposición armada agrupada en torno al Frente Patriótico Ruandés (FPR) de componente mayoritariamente tutsi. Exilados en Uganda durante años, los tutsi del FPR tenían el único objetivo de reconquistar el poder en Ruanda y el 1 de octubre de 1990 se produjeron en la frontera norte con Uganda sus primeros y serios enfrentamientos con el ejército ruandés, que pudo atajar los ataques con la ayuda de refuerzos zaireños, belgas y franceses (4).

En medio de una situación de inestabilidad causada por ataques y actos de sabotaje continuos del FPR en la frontera norte del país, el Gobierno anunció en noviembre de 1990 su

voluntad de diálogo con esta oposición armada y con la oposición política interna, al tiempo que abría las puertas a los exilados ruandeses que querían volver para participar en el proceso de democratización del país. Fue proclamada en 1991 una nueva Constitución que legalizaba el multipartidismo.

En 1992, el gobierno y el FPR se pusieron de acuerdo para entablar negociaciones en Tanzania, las cuales desembocaron en la firma el 4 de agosto de 1993 de los Acuerdos de paz de Arusha, los cuales preveían el alto el fuego, la institución de estructuras de transición garantizadas por la presencia de una Fuerza Internacional de la ONU (5) (Misión de las Naciones Unidas para Asistencia a Ruanda-MINUAR), el control del proceso de repatriación de los refugiados, la desmilitarización de Kigali, la fusión de ambos ejércitos y la preparación de elecciones (6).

No obstante, la lentitud en la aplicación de esos acuerdos y la dificultad por encontrar un término intermedio acerca de la cuestión de la fusión de los ejércitos (nacional y el de FPR) fueron creando un clima de desconfianza entre el Gobierno, por un lado, y el FPR junto con los demás partidos de la oposición, por otro. El derribo el 6 de abril de 1994 del avión en el que viajaba el presidente Habyarimana fue la gota que colmó el vaso. En efecto, al día siguiente Ruanda se sumió en una guerra en la que se violaron casi todas las reglas de derecho humanitario. Muchos civiles, hombres, mujeres y niños perdieron sus vidas.

La guerra terminó a finales de junio de 1994 con la victoria del FPR, y dejó un balance triste de miles de muertos y de refugiados (7) dispersos en los países fronterizos entre los que destacaba el ex Zaire, que acogió no sólo a los refugiados sino también a los soldados de las tropas gubernamentales que habían perdido la guerra. La entrada masiva de refugiados en el ex Zaire fue facilitada por la famosa "Operación Turquesa", lanzada el 23 de junio de 1994 por el gobierno francés con el objetivo anunciado de crear una "Zona de Seguridad Humanitaria" (8) en el este de Zaire, pero con motivos ocultos de mantener la presión y amenaza ante las nuevas autoridades ruandesas del FPR (9) en desacuerdo con Francia por su anterior apoyo al gobierno de Habyarimana.

1.2. El conflicto en Burundi

Unido con Ruanda en su trayectoria, Burundi logró también su independencia el 1 de julio de 1962. La diferencia era que mientras en Ruanda se abolía la monarquía tutsi, en Burundi se mantuvo hasta noviembre de 1966, cuando Michel Michombero, tutsi, encabezó un golpe de Estado y proclamó la República.

El nuevo Presidente de Burundi inició una campaña de limpieza étnica eliminando a miles de hutus y reforzando las bases de la "Unión para el Progreso Nacional" –UPRONA–, único partido político reconocido con una base mayoritariamente tutsi.

En 1976 se produjo un golpe de Estado organizado por Jean-Baptiste Bagaza –también tutsi–, que prometió poner fin a las persecuciones de los hutus proyectando un nuevo modelo de sociedad con el necesario equilibrio entre ambos grupos étnicos. En 1981, Bagaza proclamó una nueva Constitución marcada por una orientación socialista y una mayor personificación del poder. Esta política fue seriamente criticada por la iglesia católica. El deterioro de la situación política reforzó aún más los argumentos de los hutus de la diáspora, principalmente los residentes en Europa, Ruanda y Tanzania, que unos meses antes habían fundado el Partido de Liberación del Pueblo Hutu (PALIPEHUTU), en cuya acta fundacional se denunciaba la política de discriminación emprendida por la élite tutsi y reivindicaba una democratización según el modelo ruandés de confiar la gestión del país a la voluntad mayoritaria.

En septiembre de 1987, Bagaza sufrió a su vez otro golpe de Estado que llevó al poder al mayor Pierre Buyoya, también tutsi del mismo partido (UPRONA). Esta serie de golpes de Estado entre los propios tutsis debe añadir un dato importante a la reflexión, para afirmar que no es sólo el motivo étnico el que crea la inestabilidad en esta región, sino también la lucha por el poder. Si fuera únicamente por motivos de cohesión y de solidaridad étnica, no se explicaría el enfrentamiento entre los propios tutsis (10).

Atraída por la ola de democratización en África la población burundesa empezó a reivindicar estructuras políticas más abiertas al

pluralismo. En octubre de 1988, el Gobierno inició el proceso de reforma para favorecer el advenimiento de un sistema pluripartidista. Se elaboró una nueva Constitución plural que fue sometida a referéndum en febrero de 1991 y adoptada en marzo de 1992 (11).

La nueva Ley Fundamental establecía la libertad de expresión y legalizaba el ejercicio del multipartidismo, siempre que los nuevos partidos no tuvieran una base étnica, regional o religiosa. En este contexto fue legalizado el Frente para la Democracia en Burundi (FRODEBU), principal partido de la oposición, creado en 1986.

El proceso de democratización culminó con las elecciones de junio de 1993 que ganó FRODEBU, convirtiendo a su líder, Melchior Ndadaye, en el presidente del país. Pero éste fue asesinado el 21 de octubre de 1993, cuatro meses después de haber ganado las elecciones. Este homicidio desencadenó una serie de matanzas entre hutus y tutsis, en las que perdieron la vida cerca de 80.000 personas (12) y provocó la huida de más de 800.000 burundeses hacia Ruanda, Tanzania y ex Zaire.

A pesar del "Convenio de Gobierno" firmado en septiembre de 1994 por los partidos políticos que se ponían de acuerdo sobre un reparto negociado del poder, la inestabilidad se mantuvo hasta desembocar en el golpe de Estado del 25 de julio de 1996 que apartó a Sylvestre Ntibunganya y propició la vuelta al poder de Pierre Buyoya. Este cambio brutal fue criticado tanto por la Organización para la Unidad Africana (OUA) como por la ONU, quienes solicitaron la imposición de un embargo sobre el país. Lo que alimentó la inestabilidad y encrudeció la violencia en el país.

Tras diferentes rondas de negociaciones facilitadas por Julius Nyerere, antiguo Presidente de Tanzania que sirvió de mediador, se están acercando difícilmente las posturas, pero sin satisfacer las expectativas de la mayoría hutu. Sin embargo, esta situación ha llevado a la suspensión del embargo sobre el país.

1.3. La inestabilidad política en el Zaire

El golpe de Estado del 24 de noviembre de 1965, encabezado por el teniente coronel

Mobutu, fue presentado como un acto de salvación de un país que durante cinco años, desde 1960 –fecha de su independencia–, vivió el caos en medio de episodios de guerra civil. Unos años después, el nuevo presidente inició la monopolización del poder y el culto a su persona.

Para alcanzar este objetivo y tener un control absoluto sobre el Parlamento y otras instituciones políticas, fundó el 20 de mayo de 1967 su partido único: el Movimiento Popular de la Revolución (MPR). La falta de transparencia en la gestión y la *nepotización* del poder dio paso a las arbitrariedades y al despilfarro.

A comienzos de los setenta la economía sufría una recesión debida no solamente a la caída de los precios del cobre –principal producto de exportación del país–, sino también a la crisis energética causada por la subida de los precios del petróleo y a la mala gestión del Tesoro público. La nacionalización de grandes empresas y otras unidades productivas, concedidas a actores económicos poco cualificados, desequilibró considerablemente la capacidad productiva de la economía.

Sin embargo, la abundancia de los recursos minerales (13) que posee el país y la ayuda internacional aseguraron durante un tiempo la entrada de divisas para amortiguar los efectos negativos de la crisis. No obstante, durante los años ochenta la economía se resintió gravemente. El despilfarro generalizado de los fondos públicos debilitó el Estado y redujo bastante las inversiones.

Se necesitaba una reforma profunda del sistema de gobierno. Por ello se inició a comienzos de los noventa el proceso de transición (14), que fue enturbiado por el propio Mobutu, decepcionando así las expectativas de la población que, enfurecida, se echó en 1990 a la calle para saquear los centros comerciales y varias unidades productivas. Una experiencia que fue repetida en 1991 y 1993.

La poca voluntad del Presidente hacia un diálogo con la oposición, solicitado tanto por la UE como por Estados Unidos, obligó a la suspensión de la cooperación y al aislamiento del Zaire. Abandonado por sus antiguos protectores, Mobutu se alejó de la tensión social de la capital, Kinshasa, para empezar a dirigir el país desde su pueblo natal,

Gbadolite. Desde ese momento ya se percibía la ausencia del poder. El Estado había dejado de existir. Las diferentes provincias se administraban sin referirse a las directivas del Gobierno central.

Pero la guerra que estalló en abril de 1994 en Ruanda, provocando el flujo masivo de refugiados en el este de Zaire, rompió el aislamiento de Mobutu volviendo a convertirle en un interlocutor privilegiado de los países occidentales, principalmente de Francia, que necesitaba recuperar su influencia perdida en Ruanda al haber sido derrotadas las tropas del gobierno de Habyarimana con el que mantenía relaciones de amistad.

2. DE LAS CRISIS LOCALES A LA CRISIS REGIONAL

2.1. Los refugiados de la guerra de Ruanda en el este del antiguo Zaire

El asesinato el 21 de octubre de 1993 de Melchior Ndadaye, primer Presidente burundés hutu elegido democráticamente; el asesinato el 6 de abril de 1994 de Juvenal Habyarimana, Presidente ruandés, también hutu, tras el derribo de su avión; el debilitamiento de Zaire después de una larga dictadura caracterizada por una gestión económica catastrófica que ha dejado el país sin infraestructuras sociales ni carreteras, eran síntomas de un grave conflicto regional a punto de estallar.

En efecto, la guerra de Ruanda provocó importantes flujos de refugiados hutus hacia Tanzania, Burundi y Zaire. En estos países, los organismos de ayuda a refugiados y las ONG desplegaron esfuerzos para agrupar a estos refugiados en campos. Esta situación, como he subrayado, favoreció al Presidente Mobutu, ya que rompió su aislamiento y facilitó la reanudación de sus contactos con los países occidentales interesados en la región.

Concretamente, Francia no dudó de contar con Mobutu para recuperar su influencia en la región de los Grandes Lagos. La derrota de las tropas gubernamentales ruandesas y la caída del gobierno de Habyarimana suponían una pérdida del terreno para los intereses económicos y culturales franceses. Para ser

más preciso, el nuevo gobierno del FPR, refugiado varios años en Uganda —antigua colonia británica y de cultura anglosajona—, encabezado por Paul Kagame que pasó varios años en escuelas militares norteamericanas, no podía acercarse fácilmente a Francia, —portaestandarte de la francofonía— para firmar acuerdos económicos. Hablar francés supone sustentar la cultura francesa en los sectores de la educación, las comunicaciones y telecomunicaciones de modo que todos los componentes materiales deberían proceder de Francia.

Por el contrario, la llegada del FPR convirtió en cierta medida a Ruanda en un país anglófono. Esta nueva situación debilitaba los pilares de la francofonía en esta parte de África y favorecía el avance del inglés. Además, la antipatía del gobierno del FPR ante Francia creció aún más. El FPR nunca había apreciado el importante apoyo militar que prestaba Francia al Presidente Habyarimana, ya que dificultaba sus ataques y su conquista del poder en Ruanda.

Ante esta nueva configuración de las influencias en la región, para Francia Mobutu era la persona adecuada para recuperar la situación. Conviene recordar que en los propios campos de refugiados instalados en el este del Zaire vivían soldados de las tropas gubernamentales que habían perdido la guerra en Ruanda y que utilizaban a los refugiados como escudos humanos. Los que se atrevían a volver recibían amenazas. Además, la permanencia de los campos de refugiados mantenía permanente la ayuda humanitaria, de la que una buena parte se utilizaba en operaciones comerciales para comprar armas con el fin de reconquistar el poder en Ruanda. Las propias organizaciones humanitarias que trabajaban en estos campos, dispuestas, en un principio, a denunciar estas irregularidades, acabaron acomodándose a esta situación para evitar fricciones con los soldados del antiguo ejército ruandés. Estos soldados se entrenaban para preparar un posible ataque al nuevo gobierno ruandés y llevarle a las negociaciones con vistas a formar un Gobierno de unión nacional, que tanto Zaire como Francia no dejaban de solicitar (15). Ante esta amenaza, Ruanda atacó los campos de refugiados con el objetivo de disper-

sarles y hacer fracasar los planes de las tropas del antiguo gobierno.

2.2. El protagonismo de los tutsis banyamulenge

Las tropas ruandesas atacaron utilizando a los tutsis banyamulenge establecidos en el este de Zaire hace años. Considerados en la RDC como ruandeses, mientras que ellos se reconocen congoleños, los banyamulenge se sentían amenazados por los *interhamwes*—extremistas hutus, muy activistas en la frontera este del Congo— y por los propios congoleños, concretamente las milicias armadas: los *Mai Mai*, que siempre les han pedido abandonar el territorio del Congo (16).

Ante esta realidad los banyamulenge no dudaron en hacer frente común con los soldados ruandeses infiltrados que combatían no sólo para eliminar los campos de refugiados, sino también para asentarse en el poder en la República Democrática del Congo. De esta manera, la estrategia garantizaría no sólo la seguridad en la frontera este del Congo, sino también la supervivencia de esta minoría.

El ataque contra los campos de refugiados se convirtió en octubre de 1996 en una rebelión contra el régimen de Mobutu. Esta rebelión, considerada tutsi en sus inicios, se amplió y se extendió a los demás grupos políticos opuestos al gobierno de Mobutu. A partir de ese momento, la rebelión dejó de ser tutsi y, para darse un carácter político y expresar mejor su objetivo de conquistar el poder, fundó la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo (AFDL): una coalición de partidos (17).

Liderada por Laurent-Désiré Kabila, el movimiento acabó con el largo reinado de Mobutu después de siete meses de marcha hacia la capital, Kinshasa. Lo que parecía en sus comienzos una aventura encaminada al fracaso terminó debilitando enormemente el poder del Gobierno central hasta derrocarlo. El 17 de mayo, Kabila se autoproclamó Presidente del país, que volvió a denominarse "República Democrática del Congo".

El éxito de esa rebelión se explica sobre todo por el apoyo sostenido que le brindó la población, harta de una larga dictadura marcada por arbitrariedades y abuso de poder,

por la falta de motivación de las tropas gubernamentales mal equipadas y mal pagadas. Por otra parte, la rebelión estaba reforzada con tropas ruandesas y ugandesas bien adiestradas y disciplinadas.

2.3. La ruptura de las alianzas y la desaparición de la AFDL

Presidente autoproclamado, Kabila empezó paulatinamente a concentrar todos los poderes de modo que se iba convirtiendo paulatinamente en una copia certificada de su predecesor. El entusiasmo y la esperanza suscitada en la población se desvanecían. La República Democrática del Congo experimentaba otra vez más una nueva dictadura.

La propia presencia de soldados ruandeses y ugandeses sobre el territorio del Congo alejaba cada día la población de la nueva élite dirigente.

No cabe olvidar que la AFDL era una alianza de las fuerzas diversas, una coalición de partidos políticos cuyo denominador común era derrocar al gobierno de Mobutu. La consecuencia lógica de esta situación era que toda iniciativa política, o decisión de mayor relevancia, se debía tomar tras una consulta entre todos los partidos de la coalición.

Sin embargo, ese no fue el caso. Kabila se consideraba el único detentador del poder. Esta concentración de los poderes llevó al culto a su personalidad, lo cual creó un descontento en sus aliados que trataron de derrocarlo en julio de 1998.

El fracaso de ese golpe de Estado determinó la guerra que estalla el 2 de agosto de 1998 y que vive actualmente el país dividido en dos partes. La primera ocupada, del norte al sureste, por los rebeldes apoyados por Ruanda y Uganda que alegan razones de seguridad en sus fronteras amenazadas con frecuencia por los ataques de los *interhamwes*, los *Mai Mai* con la complicidad de Kabila, y la otra bajo control del Gobierno central, aliado militarmente con Zimbabwe, Angola, Namibia y Chad.

3. CONCLUSIONES

Es muy difícil alcanzar la estabilidad regional si persisten las inestabilidades internas en

cada uno de los países de la región. Estas inestabilidades son consecuencia de la lucha por el control del poder y por alcanzar el *leadership* regional. Los enfrentamientos étnicos son simplemente la piedra que viene a completar este edificio ya en fisuras. Por consiguiente, resulta un imperativo la convocatoria de una Conferencia regional en la que deben participar todas las partes implicadas para plantear sus quejas, sus divergencias y buscar una solución de consenso que satisfaga a todos.

Esta Conferencia regional insistiría en las cuestiones relativas a la seguridad colectiva, la estabilidad política de la región, la reanudación de los procesos de transición democrática hasta ahora interrumpidos y a la institución de gobiernos más representativos que cuenten con un amplio consenso de la población.

La Conferencia debería insistir en la intangibilidad de las fronteras actuales, sofocando cualquier idea sobre la convocatoria de una segunda Conferencia de Berlín para revisar estas fronteras (18).

Es cierto que el Estado africano en su configuración actual plantea problemas en determinadas regiones de África. Como apunta Jean-Loup Amselle, "las guerras tribales no oponen la tradición a la modernidad, al contrario, traducen la existencia de un conflicto eminentemente contemporáneo entre la forma colonial del Estado y la distribución colonial de las etnias" (19). Este carácter artificial del Estado africano es bien conocido (20). Sin embargo, la presente tarea consistiría más bien en consolidar sus fronteras que en revisarlas, lo que puede crear un precedente con consecuencias incalculables.

Por otra parte, la comunidad internacional debe poner en marcha políticas eficaces de control de tráfico de armas en la región. Porque es, además de hipócrita, inmoral estar vendiendo armas para después hacer declaraciones sobre la necesidad de llevar a cabo operaciones de ayuda humanitarias encaminadas a salvar las vidas de las víctimas de sus propias armas.

Surge también otra preocupación acerca de la erradicación de la cultura de violencia en Ruanda y Burundi. En este sentido, la creación del Tribunal Criminal Internacional para Ruanda (21) es una de las iniciativas que

requieren mayor apoyo si se pretende implantar una nueva cultura de respeto a los principios de derecho internacional humanitario y a la dignidad humana en el marco de una sociedad que reconozca en todas sus normas el imperio de la ley igual para todos sus miembros.

NOTAS

(1) GUICHAOUA, A., "Burundi, Rwanda. Des ethnies inventées?", en *Nations et nationalisme*, París, La Découverte, 1995, pág. 115.

(2) BRAECKMAN, C., *Rwanda. Histoire d'un génocide*, París, Fayard, 1994, pág. 48.

(3) *Ibidem.*, pág. 53. Grégoire Kayibanda se convierte en Presidente de Ruanda el 26 de octubre de 1961.

(4) GUICHAOUA, A. "Rwanda: De l'omniprésence des aides au désengagement international", en CEAN, *L'Afrique politique, le meilleur, le pire et l'incertain*, París, Karthala, 1995, págs. 15-16. Hasta agosto de 1993, Francia mantenía en Ruanda un contingente armado de 600 soldados.

(5) La ONU desplegó 2.500 Cascos Azules procedientes de Bangladesh, Ghana y Bélgica.

(6) REYNTJENS, F., *L'Afrique des Grands Lacs en crise: Rwanda, Burundi, 1988-1994*, París, Karthala, 1994, págs. 190-254.

(7) Se estima que a finales de julio había entre 500.000 y un millón de muertos. Entre 3 y 4 millones de ruandeses se habían refugiados en los países vecinos, se puede leer, GUICHAOUA, A., "Rwanda: De l'omniprésence des aides au désengagement international", en CEAN, *L'Afrique politique, le meilleur, le pire et l'incertain*, op. cit., págs. 13-14.

(8) *Ibidem.*, pág. 14.

(9) El Gobierno del FPR fue instalado el 19 de julio de 1994 en presencia de dos delegaciones extranjeras: ministros ugandeses y representantes del partido comunista belga.

(10) Léase Ahmedou OULD ABDALLAH, *La diplomatie pyromane*, París, Calman-Lévy, 1996.

(11) Sobre el proceso de democratización en Burundi, se puede leer Jean Claude WILLAME, *Les manipulations du développement: ajustement, cogestion et démocratisation au Burundi*, Bruxelles, CEDAF, Les Cahiers du CEDAF, número 5, 1992.

(12) ELIAS, N., "Burundi: les fruits vénéneux du coup d'Etat", en *Politique Africaine*, número 54, junio 1994, págs. 145-150. Se puede leer también F. REYNTJENS, "The Proof of the pudding is in the eating: the June 1993 Elections in Burundi", en *The Journal of Modern African Studies*, número 31 (4), diciembre 1993, págs. 563-584.

(13) Además del cobre, el país produce diamantes, cobalto, manganeso, bauxita, oro, petróleo, aluminio, uranio, etc. Una riqueza que no se refleja en el tren de vida cotidiana de la mayoría de la población sumida en la pobreza. El país ocupa el puesto 143 sobre los 174 países clasificados según el índice de desarrollo humano del PNUD.

(14) Sobre la transición en el antiguo Zaire, se puede leer, MATALA KABANGU, T., *El poder por el poder en África*, Vitoria-Gasteiz, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, págs. 109-113.

(15) GUICHAOUA, A., "Rwanda: De l'omniprésence des aides au désengagement international", en op. cit., pág. 14.

(16) Acerca del asentamiento tutsi y de la situación conflictiva entre éstos y las demás etnias del este de la República Democrática del Congo, se puede leer la interesante obra publicada por el Ministerio de Información y Prensa del Zaire y presentada por KABUYA-LUMUNA SANDO, *Conflits de l'Est du Zaire, Repères et Enjeux*, Kinshasa, Editions Secco, 1997, págs. 11-23.

(17) La AFDL estaba formada del Consejo Nacional de Resistencia para la Democracia (CNRD) de André Kisase Ngandu, asesinado en enero de 1997 en condiciones sin esclarecer, del Movimiento por la Liberación del Zaire (MPLZ) de Anselme Masasu Nindaga, actualmente encarcelado por el gobierno, de la Alianza Democrática de los Pueblos (ADP) de Deogratias Bugera en la rebelión, y del Partido para la Revolución del Pueblo (PRP) de Laurent-Désiré Kabila.

(18) Hacemos referencia a las pretensiones o reivindicacio-

nes del Presidente de Ruanda durante la Cumbre Francia-Africa celebrada en París en noviembre de 1998.

(19) AMSELLE, J.-L., "Ethnicité et identité en Afrique", en *Nations et nationalismes*, París, La Découverte, 1995, pág. 93.

(20) BAYART, J.-F., *L'Etat en Afrique*, Fayard, París, 1989.

(21) Por su Resolución 955, el Consejo de Seguridad estableció en 1994 el Tribunal Criminal Internacional para Ruanda para juzgar los criminales de guerra y poner fin a la impunidad.